

Casi una princesa

Biografía

Laura Lee Guhrke es licenciada en Empresariales por la Boise State University. Desde la publicación de su primer libro ha recibido numerosos elogios y excelentes críticas, tanto por las historias que narra en sus novelas como por su estilo. Su labor ha sido recompensada con el premio más prestigioso del género, el Romance Writers of America Rita Award. También ha sido merecedora del CataRomance Reviewers Choice Award y del K.I.S.S. (Knight in Shining Silver) Award Romantic Times, que se otorga a los mejores protagonistas masculinos, por su novela *Amor prohibido*, publicada por Esencia y Booket. Además de colaborar como articulista en diversos medios escritos, como el *Romance Writers Report*, *The British Weekly* y el *Irish-American Press*, Laura ha escrito catorce novelas románticas históricas, de las que Booket ha publicado, además de la ya citada, *En el lecho del deseo*, *Todos sus besos*, *Un lugar para Conor*, *Falsa inocencia* y *Casi una princesa*. Laura vive en Idaho con Sam, su perro labrador, al que le encanta perseguir pelotas de tenis y excavar en el jardín.

Más información en: www.lauraleeguhrke.com

Laura Lee Guhrke

Casi una princesa

Traducción de Anna Turró

Esencia / Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *She's no princess*

© Laura Lee Guhrke, 2006

Publicado de acuerdo con Avon, un sello de HarperCollins Publishers

© por la traducción, Anna Turró, 2009

© Editorial Planeta, S. A., 2009, 2011

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,
División Editorial del Grupo Planeta

Diseño de la cubierta: Departamento de Diseño,
División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © John Paul

Fotografía de la autora: © CC Photography

Primera edición en Colección Booket: marzo de 2011

Depósito legal: B. 3.392-2011

ISBN: 978-84-08-10048-5

Impreso y encuadernado en Barcelona por:

blackprint
A CPI COMPANY

Printed in Spain - Impreso en España

*Para Judy Gubrke.
Mientras he escrito este libro
me has ayudado de muchas e increíbles maneras.
Te quiero, mamá*

Agradecimientos



Mi más cálido agradecimiento a mi compañera de profesión Eloisa James y a su marido, Alessandro Vettori. Su ayuda con el italiano ha sido de vital importancia a la hora de escribir este libro.

Prólogo



A Lucia siempre se le había dado bien mentir. Si eso era un defecto o una virtud dependía del punto de vista. Para ella, era algo bueno, y más cuando se encontraba delante de un guardia del palacio que le impedía disfrutar de la noche que había planeado. Tenía tabaco, dinero y grandes planes.

—No podía dormir, así que he pensado que podría leer un poco —dijo enseñándole el libro que sujetaba en la mano. En los internados franceses había aprendido que un libro era siempre una buena excusa para justificar una escapada nocturna. Y su padre, el príncipe Cesare de Bolgheri, tenía una de las bibliotecas mejor surtidas de toda Europa—. Ahora volvía a mi habitación.

—Su habitación está en la otra dirección —contestó el guardia señalando el lado opuesto de donde estaban.

Lucia giró la cabeza un segundo y volvió a mirarlo.

—¿En serio? —preguntó, fingiendo no haberse dado cuenta—. Habría jurado que estaba hacia allí. —Con la mano, le indicó un pasillo pavimentado de mármol de Siena, con brillantes espejos de pan de oro y docenas de puertas—. Es todo tan confuso, siempre me pierdo. Hay tantos pasillos... —Lucia moduló la voz para parecer inocente y confusa, y luego sonrió. Sabía que con su sonrisa podía derretir a cualquier hombre, y era una arma que utilizaba siempre que era preciso.

Aquel guardia no fue distinto.

—Es comprensible —dijo el hombre, devolviéndole la sonrisa—. Pero ya sabe que tenemos órdenes de su alteza real, el príncipe Cesare, de no permitir que deambule por el palacio de noche.

Su padre era un desconocido para Lucia, y el palacio Bolgheri una prisión, pero no tenía intención de permitir que la encerraran allí y se olvidaran de ella. Era una mujer adulta e iba a hacer lo que se le antojara. Claro que tampoco tenía intención de proclamarlo a los cuatro vientos.

—No estaba deambulando —le dijo compungida—, ya le he dicho que no podía dormir.

—Estaré encantado de acompañarla hasta sus aposentos.

El tipo no era de piedra pero tampoco estúpido. Lucia suspiró resignada y permitió que la llevara hacia su habitación, porque sabía que eso sólo era un retraso temporal en sus planes. Era noche de Carnaval, y con guardias o sin ellos, no se iba a perder la fiesta.

De nuevo en su habitación, vio que la doncella aún no había regresado. La magia del Carnaval atraía a todos por igual, y ella le había dado permiso a Margherita para que fuera a disfrutar de los festejos. A oscuras se encaminó hacia la terraza. Esperó a que el guardia de patrulla doblara la esquina y entonces se deslizó fuera para probar suerte con otra ruta de escape.

La luz de la luna y los fuegos artificiales iluminaban el cielo. La música y el jolgorio la atraían como la miel a las abejas, y todo eso iba a terminar dentro de unas horas.

Llevaba meses viviendo en el palacio de su padre y al cabo de una semana ya sabía moverse por él. Conocía per-

fectamente los mejores sitios para escapar, y se dirigió corriendo hacia uno de ellos.

Cuanto más se acercaba a los lindes del palacio, más fuerte le llegaban los sonidos de la fiesta, pero justo cuando iba a sacar la escalera de las matas donde la había escondido antes, fue interrumpida de nuevo.

Saltó asustada al sentir una mano en el brazo, pero al dar media vuelta, se encontró con la última persona que habría imaginado.

—¿Elena? —Miró atónita a su hermanastra—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba mirando por la ventana —contestó la chica casi sin aliento—, y te he visto atravesar el patio corriendo, así que he decidido seguirte. —Elena, que era menor que ella, se sujetó con fuerza la bata y miró primero la escalera y luego a su hermana—. ¿Te vas?

—Vuelve a la cama.

—¡No lo hagas! —suplicó con la inocencia de sus diecisiete años, sujetando a Lucia con fuerza—. Desde que tú estás aquí, las cosas son mucho más divertidas. Oh, Lucia, no podré soportarlo si te vas.

—No seas boba —dijo ella, soltándose de su hermana—. No me voy a escapar. Pero te confieso que cuando tenga bastante dinero sí lo haré. Ahora sólo voy a ver el Carnaval.

—¿Tú sola?

Lucia sonrió y abrió los brazos con un gesto muy elocuente.

—¿Ves a alguien más?

—Papá se pondrá furioso si lo descubre.

Lucia miró a Elena condescendiente.

—No lo descubrirá si tú no se lo dices.

—No se lo diré, te lo prometo. —La chica volvió a mirar la escalera—. Lo haces a menudo, ¿no?

Era evidente que a Elena nunca se le ocurriría escaparse; Lucia se había dado cuenta de ello apenas unos días después de conocer a su hermanastra. Ésta era la hija buena, la hija legítima, la verdadera princesa. Mientras que Lucia era la oveja negra, la hija bastarda y el secreto más vergonzoso del príncipe Cesare. Ella no era princesa, y nadie esperaba que se comportara como tal. No se cambiaría por Elena por nada del mundo.

—Vuelve a la cama —le ordenó, y se dio media vuelta hacia el muro—. Por todos los santos, sólo llevas una bata.

—Igual que tú.

—Yo voy vestida debajo.

—¿Llevas un disfraz? —Antes de que pudiera responder, la mano de Elena volvió a rodear la suya—. Llévame contigo.

—¿Qué? —Lucia se detuvo y negó con la cabeza—. Ah, no. Cesare me mataría. Que me escape yo es una cosa, ya lo he hecho antes, y saben que no deben esperar nada bueno de mí. Pero tú eres distinta. No puedes venir.

—Vamos, por favor. Antonio sale siempre que quiere, pero lo único que me está permitido hacer a mí es observar las fiestas de Carnaval desde el balcón. Quiero disfrazarme y pasear por la calle, como todo el mundo.

—No, no quieres hacer nada de eso. No te gustará. Las calles están sucias y llenas de indeseables. Te darán asco. Miedo.

—No. Por favor, llévame contigo. —Elena se quedó mi-

rándola a la luz de la luna, igual que un perrito faldero al que le dicen que no van a sacarlo de paseo—. Nunca me dejan hacer nada —susurró con una voz tan triste que a Lucia se le rompió el corazón.

«Pobre chica.» Su hermano mayor, Antonio, tenía toda la libertad con la que podía soñar el hijo de un príncipe, pero Elena estaba destinada a pasarse la vida, de la cuna a la tumba, confinada en palacio; la cuidarían y algún día la casarían para forjar alguna alianza con algún otro país, y jamás conocería la plenitud de vivir fuera de las doradas puertas de su prisión.

—Está bien, vamos —dijo, antes de pensarlo mejor—. Pero no te alejes de mí —añadió mientras le señalaba la escalera—. Lo último que me faltaría sería perderte.

—Seré como tu sombra —prometió Elena, y se detuvo en lo alto del muro.

—Siéntate ahí un momento —le dijo Lucia.

A continuación, corrió la escalera a un lado y, tras remangarse las faldas, subió junto a su hermana. Al llegar arriba, tiró de la escalera y la colocó al otro lado de la pared. Descendieron hasta el callejón que había junto a palacio y Lucia le dijo entonces a Elena que la siguiera. Luego se quitó la bata de terciopelo y se quedó sólo con la ropa de campesina que llevaba debajo.

—Lo primero que tenemos que hacer es encontrarte un disfraz —reflexionó mientras se colocaba a la espalda la larga trenza negra—. Y una máscara —añadió, sacándose una del bolsillo para colocársela. Se ató las cintas detrás de la cabeza y se cubrió la melena azabache con un pañuelo rojo—. Espera aquí.

Lucia fue hacia uno de los vendedores ambulantes que siempre había por allí, ansiosos de satisfacer las necesidades de aquellos a los que el Carnaval cogía desprevenidos, y, gracias al poco dinero que había conseguido ahorrar para la ocasión, pudo comprar un disfraz y una máscara similares a los suyos para Elena. La chica cumplió su promesa y, mientras paseaban por las callejuelas de Bolgheri, se mantuvo pegada a ella como una sombra

El Carnaval era un espectáculo indescriptible. Los balcones y las ventanas estaban cubiertos por telas de colores, los carruajes y los carros iban a rebosar de arlequines, magos y bromistas; las calles estaban repletas de gente, y la música, los fuegos artificiales y el confeti inundaban el aire. Lucia y Elena disfrutaron del espectáculo de mimos, acróbatas, trovadores y juglares durante unas cuantas horas. Los vendedores ambulantes las tentaron con los juegos de azar, pero Lucia se negó con una sonrisa. No era tan tonta como para jugarse las pocas monedas que le quedaban en algo en lo que sabía que era imposible ganar.

Elena no habló demasiado, sino que se pasó el rato mirando embobada todo lo que las rodeaba y la sonrisa que había dibujada en su rostro decía más que mil palabras. Estaba tan contenta de ser libre, al menos por una noche, que Lucia se alegró de haberla llevado consigo. Cuando la joven regresara a la prisión de palacio, tendría al menos ese recuerdo que siempre la haría sonreír.

Se detuvieron para ver la representación de la *Commedia dell'Arte* en el centro de la plaza y Lucia vio cómo un carro tirado por un buey se acercaba a ellas. Dentro había dos jóvenes disfrazados de campesinos napolitanos. El conductor

lo detuvo en seco y ambos hicieron gestos y las llamaron tratando de captar su atención.

—Mira, Elena, tenemos un par de admiradores.

Su hermanastra ladeó la cabeza y, tras sonreír con timidez a los dos jóvenes, volvió a apartar la mirada.

—Nos miran con mucho descaro.

—Son altos y fuertes —dijo Lucia admirándolos—. Es una pena que las máscaras les cubran el rostro y no podamos ver si son guapos. En fin. —Les sonrió y les mandó un beso.

El más alto le hizo un gesto pidiéndole que se quitara la máscara y el pañuelo. Ella sonrió de nuevo pero negó con la cabeza. Él fingió sentirse destrozado y se llevó una mano al corazón. Riéndose, Lucia se despidió y le dijo a Elena:

—Vamos, me apetece tomar un café.

La pequeña siguió a su hermana hacia la multitud que llenaba la plaza, cruzándola hasta llegar a las cafeterías y panaderías que había en el otro extremo. Fue pura suerte que dieran con una mesa libre en uno de los patios, y tras sentarse pidieron dos cafés. Mientras esperaban que se los trajeran, Lucia extrajo el tabaco y los papeles de fumar de uno de sus bolsillos y empezó a liar un cigarrillo como una profesional.

Elena la miraba asombrada.

—¿Vas a fumar?

—No me mires así —respondió ella sonriendo—. Ni que fuera hachís. ¿Quieres uno?

—Las mujeres no fuman.

Lucia cogió la vela que había en la mesa.

—¿En serio? —replicó encendiendo el cigarrillo, y luego se echó hacia atrás reclinándose en la silla para observar el rostro atónito de Elena.

Las dos hermanas tenían los ojos oscuros y la melena negra y rizada de su padre, pero allí acababan las similitudes. Elena era delicada, dulce y una idealista sin remedio, todo lo contrario que Lucia. Tal vez por eso ésta se había encariñado tanto con la chica en los tres meses que llevaba viviendo allí. A pesar de que Elena tomaba parte en todos los eventos reales, mientras que a Lucia la mantenían confinada en la otra punta de palacio, las dos se las habían ingeniado para conocerse y pasar tiempo juntas. Lejos de todo el mundo, se habían convertido en amigas.

—No quería que me gustases, ¿sabes? —soltó de pronto Lucia tras soltar una bocanada de humo.

—¿Ah, no?

—No. Vine aquí dispuesta a odiarte.

Ante su sorpresa, Elena se echó a reír.

—Yo tampoco quería que me gustases —confesó—. Cuando nos conocimos y me dijiste que eras la hija bastarda de papá, te odié. No sabía que tuviera más hijas aparte de mí.

A Lucia le hizo gracia el comentario.

—No me extraña. Casi nadie sabe que existo.

—Lo que dije antes lo dije en serio. Lo he pasado muy bien desde que estás aquí. Escuchar tus historias sobre todas esas cosas escandalosas que has hecho y yo no podré hacer jamás...

—Escuchar a los demás hablar de la vida no es vivir, Elena —la interrumpió ella—. La vida está llena de cosas maravillosas, y es demasiado corta como para desperdiciarla. Tienes que vivirla, no basta con que te quedes en el balcón del palacio observando cómo lo hacen los demás.

Elena arrugó pensativa la frente. Y luego alargó la mano hacia el cigarrillo.

—Déjame probar.

—Si nunca has fumado antes, no te va a gustar —la advirtió Lucia pasándosele—. Límitate a aspirar —añadió demasiado tarde.

En medio de un ataque de tos, Elena sacudió la mano para apartar el humo y le devolvió el cigarrillo lo más rápido que pudo.

—Decididamente —dijo entre ataque y ataque—, ésta es una experiencia que me alegro de no poder repetir. ¡Es horrible!

—Así es —reconoció Lucia.

—¿Y por qué fumas?

—Supongo que porque está prohibido.

—¿Y qué otras cosas prohibidas has hecho?

—Casi todas —confesó, sin saber si era algo de lo que debía o no estar orgullosa.

—¿Y tu madre qué opina?

—¿Mamá? —Lucia sonrió recordando las visitas de Francesca al internado, en las que conquistaba a todo el mundo con sus encantos. Tampoco ella era inmune. Adoraba a su madre—. Es difícil saber qué piensa de verdad sobre nada.

—Cuéntame más cosas —le pidió su hermana—, ¿has besado alguna vez a un hombre?

—Por supuesto.

La otra abrió los ojos con la curiosidad propia de una inexperta chica de diecisiete años.

—¿Y cómo es?

Lucia le dijo la verdad.

—Maravilloso. No sé explicarte el porqué, pero lo es.

—¿A quién besaste? —preguntó la joven—. ¿Quién era?

Su hermana recordó el verano de tres años atrás y le sorprendió ver que ya no le dolía acordarse de él.

—Se llamaba Armand. Era el herrero del pueblo donde estaba la academia de Madame Tournay. Estaba enamoradísima de él.

—¿Un herrero? ¿Cómo lo conociste?

—Un día fui al pueblo a hacer un recado y lo vi. Estaba de pie, golpeando un yunque. No llevaba camisa, y el sudor le caía por el torso. Me detuve para mirarlo. Nunca antes había visto el torso desnudo de ningún hombre. Él levantó la cabeza y me pilló in fraganti. Me sonrió y, en ese instante, me enamoré. Tan simple como eso. A partir de ese día, trataba de escaparme cada noche para poder estar con él. Armand me hizo sentir bella y hermosa por primera vez en mi vida. Ha sido lo más maravilloso que me ha sucedido jamás.

Elena suspiró y apoyó el codo en la mesa para poder descansar la barbilla en la palma de la mano.

—¿Y qué pasó?

—Cesare se enteró, Armand se casó con otra y a mí me mandaron a un convento.

—¿Qué? —La joven se irguió al instante en la silla, parecía furiosa—. Creía que ibas a decirme que murió trágicamente al perder tu amor.

—Qué romántica eres, Elena.

—¡Será cretino! Si te amaba, y... después de haberte besado, debería haberse casado contigo, ¡y no con esa otra chica!

Lucia ya podía permitirse el lujo de tomarse con filosofía lo sucedido:

—Esas cosas pasan.

—En fin, supongo que no podrías haberte casado con un herrero. Papá nunca lo habría permitido.

Lucia sabía que se habría casado con Armand si él la hubiera amado lo suficiente como para enfrentarse a su padre. Pero aceptó el soborno de Cesare y, tras romperle el corazón, se casó con la hija de un mercader. Eso, se juró a sí misma, jamás le volvería a suceder.

—Cuando me case —le dijo a Elena—, será con un hombre que me ame tanto y con tanta pasión, que nada ni nadie le importe más que yo. Si no es así, el matrimonio es sólo una prisión, y la mujer la única encarcelada.

Ante su sorpresa, la joven asintió.

—Yo aún no estoy casada y ya estoy presa. —Su bello rostro mostró la infelicidad que sentía—. Voy a casarme con un duque austríaco. Su madre es inglesa. Los embajadores de Inglaterra y Austria ya se han encargado de todo.

—Lo sé. He oído algo sobre el tema.

—No lo amo. Ni siquiera lo he visto nunca, pero tengo que casarme con él. Papá insiste en que el enlace se lleve a cabo.

—Plántale cara a Cesare.

—¡No puedo! Ya está todo decidido. Los tratados se han firmado, las dotes han sido entregadas. El Congreso de Viena será preservado, tendremos paz con Austria y a la vez tendremos una alianza con Inglaterra. No puedo hacer nada para impedir este matrimonio. Es mi deber.

Lucia deseó poder decir algo que la consolara, pero no

sabía cómo dulcificar el hecho de que tuviese que casarse con un hombre al que no amaba. Cambió de tema.

—Al menos tú, cuando te sientes atrapada, no vas por ahí rompiendo reglas y volviendo loco a Cesare.

—Oh, no sé —dijo Elena con una pícaro sonrisa—. Estoy aquí, ¿no? Supongo que ésta es la única oportunidad que tendré de hacer algo en verdad temerario. —Hizo una pausa y miró a Lucia—. ¿Por qué siempre le llevas la contraria a papá? ¿Por qué haces todo lo que te prohíbe?

Ella abrió la boca para responder, y entonces se dio cuenta de que no sabía qué decir. Se quedó callada y pensó un rato antes de volver a hablar.

—Me gusta la emoción, y tienes que reconocer que romper las reglas es emocionante —explicó al fin—. Además, me encantan los retos. El que me digan que no puedo hacer algo, sólo provoca que aún tenga más ganas de hacerlo.

—Y cuando rompes las reglas, papá se ve obligado a reconocer que existes.

Ante las palabras de su hermana, Lucia se puso tensa. Para ser casi una niña y no tener ninguna experiencia, Elena era muy perspicaz.

—Eso también —reconoció, y volvió a dar una calada al cigarrillo. Soltó el humo y añadió—: ¿Por qué todos le permiten que finja que no existo?

—No debería hacerlo.

Apartó la vista, rehuyendo la mirada de compasión de su hermana pequeña. Aquello sí que era irónico, apenas unas horas antes, era ella la que sentía lástima de Elena.

—Da igual —dijo con voz insegura—. No me importa.

—Sí, sí te importa. Pero si te sirve de consuelo, papá casi

siempre se olvida también de que yo existo. Antonio puede hacer todo lo que le plazca, pero yo no puedo ir a ningún lado, ni hacer nada. Ni siquiera va a permitirme asistir a un baile hasta que cumpla dieciocho años. Antes de que vinieras, había momentos en los que creía que iba a volverme loca.

—El único motivo por que el estoy aquí es porque Cesare ya no sabe qué hacer conmigo. Su plan era mantenerme encerrada y que los guardias me tuvieran bajo control. —Hizo una pausa dramática y sonrió—. ¿Crees que le ha servido de algo?

La otra le devolvió la sonrisa.

—Me temo que no.

—No pienso dejar que me traten como a una marioneta. —Se dio media vuelta sin levantarse y tiró la colilla al suelo. La pisó con el talón y, de reojo, vio el carro de antes, tirado por el mismo buey y llevando a los dos jóvenes. Se estaba acercando, como si estuvieran buscando a alguien—. No te vuelvas —le dijo a Elena—, pero ahí están los tipos de antes. Creo que nos están buscando.

—¿Y por qué? Ni siquiera nos conocen.

—¿Y eso qué importa? Los hombres siempre muestran interés por las mujeres, en especial por aquellas que les sonríen y flirtean con ellos. —Vio cómo el más alto se volvía hacia ellas. Cuando las atisbó, le mandó un beso en respuesta al que ella le había mandado antes, y Lucía se rió. Sabía que la estaba cortejando, y disfrutaba con ello.

—Nos han visto —le dijo a su hermana al mismo tiempo que su admirador le contaba a su acompañante que las había encontrado—. Vienen hacia aquí.

—¡Oh! —Elena abrió nerviosa los ojos—. ¿Y qué haremos si quieren hablar con nosotras?

—Tal vez les dejemos intentarlo. —Se echó hacia atrás en la silla con aire despreocupado—. O tal vez no —añadió encogiéndose de hombros.

El carro se detuvo junto al café donde estaban sentadas y un ramo de flores aterrizó en el regazo de Lucia. Ella bajó la vista hacia las violetas, y luego miró al hombre. Un segundo más tarde, aceptó el ramo y sonrió al galán.

—¿Qué significan las flores? —preguntó Elena desviando la vista hacia el carro y de nuevo hacia las violetas.

—Que quiere conocerme. —Con el ramo entre las manos, apartó la silla un poco y se levantó—. Vamos.

Sin mirar a los dos jóvenes, se dio media vuelta y caminó en dirección opuesta.

Elena aceleró el paso para no perderla.

—No lo entiendo. ¿No quieres conocerlo?

—Aún no lo he decidido.

—¿Y si no pueden seguirnos entre la multitud?

—Entonces no lo conoceré, ¿no?

—Creerá que no te gusta y se irá.

—No hará nada de eso, te lo garantizo.

Y para demostrar que no se equivocaba, los hombres empezaron a gritarles diciéndoles que habían dejado el carro y que las seguían a pie. Segundos más tarde, las adelantaron y se colocaron frente a ellas, bloqueándoles el paso. Sin aliento, y entre risas, el admirador de Lucia se arrodilló frente a ella.

—Dulce campesina —dijo—, os suplico a ti y a tu amiga que nos dejéis acompañaros durante un rato.

—Si aceptamos —respondió Lucia—, primero tenéis

que quitaros las máscaras, pues no puedo pasear junto a un hombre cuyo rostro no conozco.

—Si os mostramos nuestras caras —dijo él, poniéndose de pie—, ¿haréis vosotras lo mismo? Estamos convencidos de que tras esos disfraces se esconden dos grandes bellezas.

Ella lo pensó durante un instante antes de asentir.

—Está bien, pero nos las quitamos todos al mismo tiempo.

—De acuerdo.

Sin dejar de reír, Lucia tiró del pañuelo y del antifaz que llevaba y luego sacudió la melena. Dirigió la vista al rostro descubierto de sus admiradores y se encontró con dos hombres que no daban crédito a sus ojos. Los miró fijamente y, al darse cuenta de lo que sucedía, dejó de reír.

—Dios santo —susurró aturdida. Frente a ella había dos guardias de palacio.



Era bien sabido entre todos los miembros de la diplomacia británica que, si su majestad, el rey Guillermo IV, tenía un problema, nadie excepto sir Ian Moore iba a hacerse cargo del caso. Ninguno de ellos tenía la más mínima posibilidad.

Era cierto que sir Ian, de treinta y cinco años, tenía a sus espaldas una década llena de éxitos diplomáticos; que estaba soltero y sin compromiso, y ansioso por tener su propia embajada, por lo que no tenía ningún reparo en ir a cualquier parte del mundo para defender a su rey y a su patria. Aunque también era cierto que su lealtad y su sentido del honor eran incuestionables. Pero ahora que en Europa reinaba la paz, eran pocas las ocasiones que un diplomático tenía de dejar huella, y los colegas de sir Ian deseaban que el embajador favorito de su majestad se retirara a su finca de Devonshire y les diera a los demás una oportunidad.

El problema entre turcos y griegos era un claro ejemplo. Éstos eran capaces de poner a prueba el temple de cualquier diplomático, así que, cuando una pequeña discusión amenazó con convertirse en una guerra en toda regla, a nadie le extrañó que sir Ian viajara a Anatolia. Pero lo que sí sorprendió fue que apenas dos semanas después de su llegada a Constantinopla, se le ordenara ir a Gibraltar. Todos los jóvenes diplomáticos cruzaron los dedos, rezando para que

por fin sir Ian Moore hubiera cometido un error y hubiera dado al traste con su intachable carrera.

Ian sabía que su trabajo había sido impecable, pero tenía que confesar que no tenía ni idea de por qué le habían pedido que se fuera de Oriente.

—¿Y por qué a Gibraltar? —se preguntó en voz alta, mientras estaba sentado en su camarote del *Mary Eliza*, uno de los barcos más veloces de la flota de su majestad. A medida que la embarcación cruzaba el Mediterráneo, estudió el mapa de Europa que ocupaba la mesa frente a él—. ¿Qué significará todo esto?

Su ayuda de cámara, Harper, levantó la vista de la camisa que estaba cosiendo.

—Tiene que ser algo muy importante. Si le han llamado con tanta urgencia, algo grave estará sucediendo.

—No se me ocurre qué puede ser. Ahora mismo, la única crisis importante es la de los turcos, y me han sacado de allí en mitad de las negociaciones. ¿Con qué fin?

—Lo único que yo sé es que es una lástima. Acabábamos de llegar a Constantinopla, y justo cuando nos habíamos instalado para una larga estancia, en un abrir y cerrar de ojos van y cambian de opinión. Y aquí estamos, navegando de nuevo. —Harper, apenado, sacudió la cabeza—. Es una lástima —repetió—. Las mujeres turcas parecían muy atractivas, con esos pantalones y esos velos que hacen que un hombre se pregunte qué se esconderá debajo. El sultán iba a regalarle una de sus esclavas, ¿lo sabía?

—Harper, un auténtico caballero británico jamás aceptaría una esclava. Es una costumbre propia de bárbaros.

—Tal vez, señor, pero una de esas chicas turcas habría

obrado maravillas con su talante. No es que insinúe que está de mal humor, pero...

—Eso es absurdo —replicó Ian ofendido—. No estoy de mal humor.

—Si usted lo dice. Pero lleva demasiados meses trabajando sin parar, y no ha tenido tiempo para disfrutar de ninguna dama. —Hizo una pausa y añadió—: Un hombre tiene necesidades, usted debería saberlo.

Ian no quería ni pensar en el tiempo que hacía que no satisfacía esas necesidades en concreto. Demasiado. Fulminó a su ayudante con la mirada.

—Ya es suficiente, Harper. Si dices una inconveniencia más, tendré que buscarme otra ayuda de cámara.

El sirviente, que llevaba con él desde los quince años, no se preocupó lo más mínimo por la amenaza. La censura en la voz de Ian le resbalaba como el agua.

—Le haría bien relajarse un poco de vez en cuando, señor, si no le importa que se lo diga.

—Me importa. —Ian repiqueteó con los dedos en la mesa pensando en asuntos más serios que ése—. ¿Por qué me habrán pedido que vaya a Gibraltar? —volvió a preguntar, y se planteó varias posibles respuestas—: Marruecos está estable. Las relaciones con España son tranquilas. Y en cuanto a los franceses, digamos que no nos llevamos demasiado bien, pero eso no es nada nuevo. No tengo ni idea de lo que puede ser.

—Seguro que vuelven a ser los italianos, ya lo verá.

Ian confió en que no fuera así.

—No sé qué problema podríamos tener con Italia. El conflicto con ese país ya está resuelto. El tratado de Bolghe-

ri ya se ha firmado, el Congreso de Viena sigue intacto y la princesa Elena se casará con el duque de Ausberg tan pronto como cumpla veintiún años.

—Dicen que ella no quiere casarse.

—Cumplirá con su deber. No tiene elección.

Harper se encogió de hombros.

—Tal vez, pero las mujeres son imprevisibles, señor. En especial las italianas —afirmó con convicción—. Es cuestión de temperamento.

Si en el mundo había alguien que pudiera estar capacitado para entender a los italianos, ése era Ian. Al fin y al cabo se había pasado los últimos años de su vida tratando de mediar entre el príncipe de Bolgheri y los duques de Venecia, de Lombardía y de la Toscana; intentaba mantener la paz entre los nacionalistas italianos y evitar que se rebelaran contra el Imperio austríaco. Pero pese a sus muchos viajes a la región, era incapaz de ello. Los italianos le parecían demasiado pasionales, demasiado dramáticos y volubles para su naturaleza británica.

Se dio por vencido y enrolló el mapa. Fuera donde fuese que quisieran enviarlo, cumpliría con su deber. Siempre lo hacía. Pero cuando el *Mary Eliza* atracó en Gibraltar e Ian se presentó en la delegación del gobierno, no pudo evitar sorprenderse al descubrir cuál era su misión.

—¿Me manda de regreso a Londres?

—Yo no, sir Ian —lo corrigió lord Stanton—. La orden viene del primer ministro en persona. Tiene que volver a casa de inmediato. He pedido a sir Gervase Humphrey que lo sustituya en Constantinopla y se ocupe de la situación turca.

Sir Gervase no tenía suficiente experiencia. Los turcos harían con él lo que quisieran. Claro que Ian se abstuvo de decir lo que pensaba de su colega de profesión.

—¿Y cuál es el propósito de mi regreso a Londres?

—No se trata de ningún castigo ni de un paso atrás en su carrera. Todo lo contrario. Considérelo un premio por haber trabajado tan duro. —Stanton le dio una palmada en la espalda—. Regresa a casa, amigo —añadió con una sonrisa—, creía que se alegraría. Yo mismo volveré a Londres dentro de un par de meses, y estoy muy contento de que así sea.

Pero Ian no lo estaba, y cada vez se sentía más preocupado por cuál sería el motivo de dicho regreso.

—¿Y qué asunto diplomático requiere de mi atención en Londres?

Lord Stanton se puso serio.

—Sir Ian, trabajó muy duro para solucionar los problemas en Italia, luego se hizo cargo de la debacle dalmata y, a continuación, se ha encargado de tratar con los turcos. En los últimos cuatro años sólo ha regresado a casa media docena de veces y en esas ocasiones nunca se ha quedado allí más de unas pocas semanas. Eso es demasiado para cualquier hombre, incluso para uno como usted. Así que el primer ministro habló con su majestad, y juntos han llegado a la conclusión de que debe regresar a Inglaterra durante un tiempo. Casi estamos en junio, justo a mitad de la Temporada de Londres. Tendrá ocasión de disfrutar de los festejos de la alta sociedad. Tómese como unas vacaciones.

—No necesito vacaciones —contestó él antes de poderse contener. Se acordó de las palabras de su ayuda de cámara, y se frotó las sienes hasta recuperar la compostura. No

era propio de él reaccionar así. Tal vez sí necesitara descansar, pero eso difícilmente era motivo para que lo mandaran de vuelta a casa.

Levantó la cabeza y dejó caer el brazo.

—William, hace mucho tiempo que nos conocemos. Así que, ahora que estamos solos ¿por qué no dejamos de jugar a los diplomáticos y vamos directo al grano? ¿Por qué me mandan a casa?

—No es por ninguna crisis —explicó Stanton, apartando una silla para sentarse—, pero se trata de algo muy importante. En agosto, el príncipe Cesare de Bolgheri va a ir a Inglaterra para una visita de tres meses, y en teoría quieren que te ocupes de los preparativos. Pero en realidad lo que quieren es que te encargues de la hija de Cesare.

Los italianos otra vez. Maldijo a Harper por haber acertado.

—¿La princesa Elena está en Londres? —Ian se sentó a su vez delante de su amigo.

—No, Elena no. La otra.

—¿Qué otra?

—La hija ilegítima de Cesare.

Ian enarcó una ceja.

—No sabía que la tuviera.

—Seguro que tendrá más de una docena, pero esta chica, Lucia, es especial. Su madre fue la amante preferida de Cesare. Al parecer, incluso llegó a amarla. Hace años, claro está.

—¿Se enamoró de su amante? Mala cosa para un príncipe.

—En aquel entonces era muy joven, y aún estaba soltero y disfrutaba haciendo locuras. Unos años más tarde, cuando

se casó con Sophia de la Toscana, abandonó a su amante y mandó a su hija a vivir con unos parientes en el campo. Siempre la ha mantenido, pero jamás ha reconocido públicamente su paternidad.

—¿Cesare se avergüenza de su hija bastarda? —Ian no podía dar crédito a lo que oía—. Seguro que no.

—No Cesare, pero el duque de la Toscana se lo exigió al negociar el matrimonio de su hija Sophia. Al hacerse mayor, mandaron a Lucia, que lleva el apellido de su madre, a una de esas academias para jovencitas que hay en Europa. Ha estado en casi todas las escuelas de Suiza y Francia, pero esa chica es salvaje como una gata. Hace tres años, protagonizó un escándalo; al parecer, se reunía con un herrero justo delante de las narices de su institutriz, madame no se qué, en las fueras de París.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintidós. Por aquel entonces tenía diecinueve, y bueno, no pasó nada, no sé si me entiendes. —Stanton incluso se sonrojó al hacer ese comentario—. Ocultaron el incidente. Cesare hizo que el tipo se casara con otra y encerró a su hija en un convento.

—Para asegurarse de que no habría más herreros en el futuro.

—Exactamente. El problema es que la chica siguió escapándose y haciendo Dios sabe qué. Cesare decidió que el único modo de controlarla y evitar un escándalo aún mayor era vigilándola él mismo. Hace seis meses, la instaló en una ala apartada de su palacio de Bolgheri, a la espera de que se le ocurriera qué hacer con ella.

—¿Y?

Como respuesta, Stanton sacó un periódico doblado de un cajón y lo echó encima de la mesa. Era una publicación sensacionalista. Ian leyó el artículo, traduciendo con rapidez del italiano al inglés, y se lo devolvió a su amigo sin inmutarse.

—Eso sí que es mantener a la chica oculta —comentó—. ¿Cuánto de verdad hay en todo esto?

—Casi todo lo que se dice ahí lo es.

—¿Y qué pasó con Elena?

—A ninguna de las dos chicas le sucedió nada. Lo único que querían era disfrutar de las fiestas de Carnaval, ya sabes. Los guardias, que no estaban de servicio, las escoltaron de regreso al palacio.

—¿Salieron ilesas del incidente?

—Sí. Los médicos las examinaron, y ambas aún tienen...

—La situación le resultaba tan embarazosa, que el hombre incluso se quedó sin voz.

—*Virgo intacta?* —sugirió Ian, recurriendo al latín en busca de un poco más de delicadeza.

Stanton asintió incómodo.

—De no haber sido así, ahora sí que tendríamos un gran problema. En fin, Cesare la ha mandado con unos primos, a Génova, y ha decidido que lo mejor que puede hacer es encontrarle marido, uno que viva lo más lejos posible de Bolgheri.

—En efecto, sería lo mejor. Es obvio que la chica es una mala influencia para su hermana. —Ian señaló el periódico, que tenía ya más de tres meses—. Aunque ya es demasiado tarde para ocultar sus indiscreciones.

—Cesare confiaba en poder mantener el incidente en secreto hasta que la joven hubiera contraído matrimonio, pero

como puedes ver, la historia salió a la luz, junto con todo tipo de comentarios sobre el alocado comportamiento de la muchacha. Al igual que tú, antes de eso casi nadie sabía de su existencia mientras que ahora toda Italia habla de ella y su aventura de la noche de Carnaval. El príncipe Cesare la ha reconocido al fin como hija suya, y le ha dado el apellido Valenti. A su esposa, la princesa Sophia, no le ha sentado nada bien.

—Me lo imagino, pero Cesare no tenía otra opción. Al reconocerla, hace que la chica tenga mejores perspectivas de matrimonio. —Ian apartó el periódico—. ¿Y qué me dices del duque de Ausberg? ¿Se ha replanteado la boda con Elena después de todo esto?

—No, no. Desde palacio han insistido mucho en que Elena ha sido sólo una víctima de su hermana. Los planes de matrimonio siguen vigentes, y todos los puntos del tratado intactos.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Lucia se escapó de Génova hace un mes. Sabemos que está en Londres, viviendo con su madre.

—A pesar de todo lo que se publique en esos periódicos sensacionalistas, si la princesa Elena no ha salido perjudicada por los rumores, el duque de Ausberg sigue queriendo casarse con ella, el tratado se está respetando y Lucia vive con su madre, ¿qué pinto yo en todo esto? A mi entender bien está lo que bien acaba.

—Cesare admira mucho tus dotes de diplomático. Está convencido de que eres la persona indicada para ocuparte del problema.

—¿Qué problema?

—Es algo complicado de explicar.

Ian se inclinó hacia adelante e intentó tener paciencia.

—¿Qué problema? —repitió.

—Mientras estés en Londres, tienes que ocuparte de negociar el matrimonio de Lucia.

—Tienes que estar bromeando —dijo a la defensiva.

—Ya sabes que nunca bromeo con asuntos de política internacional. Cesare quiere que la chica se case cuanto antes; no quiere que la reputación de la Casa de Bolgheri se vea afectada por todo esto. Tienes que encontrarle un marido, hacer todos los preparativos diplomáticos que sean necesarios y negociarle un buen contrato matrimonial.

—¿Me han sacado de una importante misión diplomática en Anatolia para hacer de casamentero de una niña malcriada?

—Es la hija de un príncipe —le recordó Stanton—. Y ya hiciste de casamentero para su hermana.

—Eso era distinto. Había un tratado de por medio. El Congreso de Viena estaba en peligro. Maldita sea, William. —Ian era consciente de que estaba a punto de perder los nervios, y eso no serviría de nada. Se mordió la lengua e inspiró hondo.

—Cesare no quiere que la chica regrese a Bolgheri, seguro que entenderás por qué. —Stanton prosiguió—: Conseguir que se case es la única alternativa. Con un marido y unos cuantos hijos, seguro que se calmará.

—Y si no lo hace, entonces será problema de su marido, ¿no?

—Así es. El príncipe también quiere aprovechar esta oportunidad para estrechar lazos con Inglaterra, de modo que esta dispuesto a casarla con un inglés; católico, por su-

puesto. Hemos accedido a ayudarlo. Tú presenta a la chica en sociedad y encuéntrale algún noble con quien pueda casarse. Cesare te da carta blanca. Cuando tengas al candidato perfecto, ayudarás al gobierno a negociar el contrato matrimonial con la familia del novio. Seguro que no será complicado. Cesare, para asegurarse de que la pierde de vista, le ha asignado una gran dote y una renta más que generosa. Cuenta con celebrar la boda antes de regresar a su país, en octubre. Y tú te asegurarás de que así sea.

Fantástico. Años luchando para evitar guerras, y negociando tratados de vital importancia, para llegar a aquello.

—Cualquier miembro del cuerpo diplomático podría encontrarle un marido a la muchacha. Reconozco que es rebelde y problemática, además de ilegítima y con la reputación un poco dañada; pero sigue siendo casi una princesa. La Casa de Bolgheri no es el principado más rico de Europa, pero tampoco es el más pobre. ¿Es fea?

—Al contrario. Me han dicho que es preciosa.

—Pues aún mejor. Es guapa, su padre es un príncipe y tiene una dote enorme; a pesar de sus pasadas indiscreciones, seguro que en Inglaterra hay un montón de familias católicas dispuestas a emparentar con ellos. En especial si dices que las rentas son más que generosas.

—Sí, pero el príncipe insiste en que el marido de su hija tiene que pertenecer a la nobleza y tener un patrimonio sustancial. No quiere que se case con un cazafortunas.

—Sigo diciendo que cualquiera podría ocuparse del caso. ¿Por qué me necesitas a mí?

—Porque Cesare ha pedido que te encargues tú personalmente. Te tiene en muy alta estima, y confía en tu buen

juicio. Además, eres un noble respetado y contigo la chica lo tendrá todo más fácil. Bolgheri puede resultarnos muy útil como aliado, y seguro que te das cuenta de que con este matrimonio podemos ganar posiciones en la península italiana. El gobierno ha decidido poner tus dotes diplomáticas al servicio de Cesare. Necesitas unas vacaciones, y de todos modos ibas a ir a Londres. Es perfecto para todos.

Perfecto no era el adjetivo que Ian habría utilizado para describir la situación.

—Diez años sirviendo a mi país para llegar a esto.

—Hay algo más. —Stanton tosió para disimular lo nervioso que estaba—. No te va a gustar.

—Acabas de convertirme en una vulgar celestina —refunfuñó, tirando de su lazo de cuello—. Puedo asegurarte que nada de lo que está pasando me gusta.

—Su madre es Francesca.

—Dios santo. ¿Quieres decir que la madre de esta chica, la ex amante del príncipe Cesare, es la cortesana más famosa de toda Inglaterra?

—Ahora ya no tanto. Tiene casi cincuenta años.

—Pero ha sido la reina de la sociedad inglesa durante años. Se ha acostado con más nobles y ha acabado con más fortunas de las que puedo recordar. Por lo que sé, ahora mismo está llevando a lord Chesterfield a la ruina.

—Me temo que tienes razón.

—Vaya, aquí lo tenemos. —Ian trató de echar mano de la discreción que lo había hecho famoso, o de recurrir a la diplomacia que lo había convertido en un elemento indispensable para el Imperio británico, pero en aquellos momentos no se pudo reprimir—. ¿Qué caballero querrá que la prosti-

tuta más famosa de toda Inglaterra se convierta en su suegra? Además, lo más probable es que él mismo se haya acostado con ella. Y, en lo que se refiere a la hija, esa chica parece más inclinada a seguir los pasos de su ilustre madre que a convertirse en la recatada esposa de un noble. Al menos, eso es lo que pensará cualquiera. Con una madre como Francesca, ¿cómo voy a encontrarle marido, y que además sea católico?

—Cesare ha ordenado que la chica se vaya de la casa de su madre y que no tenga más contacto con ella. Al parecer, cuando estaba en los internados de Francia, Francesca visitaba a su hija a menudo, y Cesare cree que su influencia es el motivo de que la joven sea tan salvaje.

—Sin duda, pero...

—Tenemos que instalar a Lucia en un sitio apropiado, con carabina, y prepararla para presentarla en sociedad mientras tú buscas posibles candidatos y organizas las presentaciones.

—¿Y qué me dices de ella? ¿Tiene derecho a opinar sobre su futuro marido?

—No. Lo único que importa es su estatus social y que esté dispuesto a casarse. Cesare está seguro de que tú escogerás al mejor.

Ian no se sentía halagado.

Stanton le entregó un montón de documentos.

—Aquí tienes las órdenes del primer ministro, junto con el dossier que Cesare ha preparado sobre la vida de su hija.

—Esto sí que es un gran impulso para mi carrera diplomática —se burló con amargura al coger los papeles.

—Confiamos plenamente en que sabrá resolver el asunto con su habitual discreción y eficacia, sir Ian. —Stanton se

levantó, recuperando la formalidad—. No tenemos ninguna duda de que cumplirá con su deber.

Esas palabras fueron un amargo recordatorio. Ian también se puso de pie, se aclaró la garganta, se arregló el nudo de la corbata hasta que quedó perfecto y con gran esfuerzo recuperó la compostura.

—Yo siempre cumplo con mi deber, lord Stanton.

Con una tensa reverencia abandonó la habitación pero su sentido del deber no le impidió pasarse todo el trayecto desde Gibraltar hasta Londres maldiciendo a las chicas italianas y la política internacional.

A Lucia le encantaba estar con Francesca. Iban de compras juntas y se pasaban horas charlando. Durante años la había visto sólo durante sus cortas visitas al internado, y ahora tenía la sensación de que eran verdaderamente madre e hija.

Francesca era una anfitriona encantadora, con un pequeño círculo de amigos. Su actual amante, lord Chesterfield, un solterón empedernido, se ganó la aprobación de Lucia cuando ésta vio lo enamorado que estaba de su madre. Debido a su profesión, a Francesca le importaban muy poco las convenciones sociales. Y lo que más le gustaba del mundo era escandalizar a las damas de la alta sociedad.

Lucia lo estaba pasando muy bien. Podía hacer lo que quisiera, e ir a donde le diera la gana. Descubrió que lo de tener libertad era incluso mejor de lo que pensaba. Su madre le daba una más que generosa mensualidad, y le sugería deliciosas cosas en que emplearla. Si alguien sabía cómo gastar dinero, ésa era Francesca.

Una tarde en que había hecho planes de ir de compras a Bond Street, entró en la habitación de su madre para ver si quería acompañarla y la encontró ocupada en otros menesteres. Una modista le estaba probando un traje de montar de terciopelo azul.

—Me temo que hoy no podré acompañarte, cariño. Como ves, acaba de llegar mi nuevo traje.

—Ya veo. —Lucia observó a su madre durante un instante, apreciando lo favorecedor que resultaba aquel color azul al mezclarse con el castaño oscuro de su pelo. También se dio cuenta de que la modista no le estaba probando el traje, sino que se lo estaba confeccionando directamente sobre el cuerpo, lo que hacía que le quedara aún más apretado y escandaloso—. ¿Llevas algo debajo de eso, mamá?

—Nada —respondió la mujer, levantando el brazo para que la modista pudiera coser la costura encima de su piel desnuda—. ¿Provocativo, a que sí?

Lucia se encaminó hacia la cama y se recostó en los mullidos cojines que adornaban el cabezal.

—Mucho —reconoció contenta—. Pero eso no impedirá que todas las damas de Inglaterra corran a imitarte. En menos de una semana, todas estarán haciéndose coser trajes de montar sobre el cuerpo.

—Exactamente. Pero cuando empiecen a hacerlo, yo llevaré otra cosa.

A pesar de que tenía cuarenta y nueve años, de que no estaba en la plenitud de su belleza y de que incluso le habían salido algunas canas, el atrevido y a la vez impecable gusto de Francesca causaba furor entre las grandes damas de la sociedad.

Su hija sonrió.

—Supongo que ya tienes pensado qué vas a hacer.

—Por supuesto —respondió ella al tiempo que una doncella entraba en la habitación con una tarjeta de visita en la mano—. El carruaje que Chesterfield ha encargado construir para mí llegará en menos de dos semanas. Tiene unas incrustaciones de madreperla en las puertas y en el asiento del cochero. Oh, Lucia, me ha dicho que el cuero de sus asientos es el más suave que pueda uno imaginarse. Entonces me pondré la falda más voluminosa que encuentre para que flote a mi alrededor, creo que será blanca, e iré a pasear por el Row igual que un cisne por el lago. Ahora no, Parker —le dijo en inglés a la doncella—. Por Dios santo, ¿no ves que estoy a medio vestir? No puedo recibir a nadie.

—El caballero insiste en que ha venido a tratar un asunto de vital importancia —respondió la chica—. Dice que usted le está esperando. ¿Quiere que el señor Fraser le diga que ha salido?

Francesca se inclinó para mirar la tarjeta de visita, y la modista se concentró en el otro lado del traje.

—Oh, Dios, ¿está abajo? Me he hecho un lío, creía que iba a venir mañana. —Se detuvo un instante y miró a Lucia de reojo—. Dile que... que bajaré en unos minutos.

—Sí, madam. —Parker dejó la tarjeta en una mesilla y, tras hacer una reverencia, salió de la habitación.

—¿Quién es? —preguntó Lucia. El modo en que su madre la había mirado segundos antes había despertado su curiosidad.

—Oh, no lo sé, cariño —respondió Francesca—. Ve a comprar y pásalo bien. —Ladeó la cabeza para mirar a la

modista, que estaba de rodillas, cosiendo una costura justo por debajo de la cintura de la italiana—. Annabel, date prisa. No es bueno hacer esperar a un hombre, en especial si ha venido a hacer negocios. Los pobres, se ponen muy impacientes.

—Sí, madam —farfulló Annabel con la boca llena de alfileres.

—¿Negocios? —repitió Lucia, con más curiosidad que antes—. ¿Vas a romper con Chesterfield?

—No se trata de esa clase de negocios. —La mujer se miró en el espejo—. Quiere hablarme de un asunto legal.

—¿Qué asunto legal?

—Oh, no lo sé. Algo muy aburrido, seguro. —Señaló la puerta—. Coge mi carruaje y sal de paseo. Dado que yo tengo intención de ir a caballo hasta Hyde Park, no lo necesitaré. Vamos, vete.

Lucia frunció el cejo y sospechó que allí pasaba algo raro. Su madre se estaba comportando de un modo muy extraño, como si quisiera echarla de casa. Se puso de pie y se acercó a la mesilla para coger la tarjeta de visita antes de que nadie pudiera impedirselo.

—Sir Ian Moore —leyó en voz alta—. Ian Moore. Me suena. —Las arrugas de su frente se acentuaron al tratar de recordar. Cuando volvió a mirar el pedazo de papel y leyó su título, se acordó—. Es el embajador británico que negoció el matrimonio de Elena con el duque austríaco. ¿Qué está haciendo aquí?

—Ya te lo he dicho, no lo sé. Recibí una carta de Whitehall diciendo que vendría y que tenía que recibirle. —Señaló la tarjeta—. No puedo negarme. Es un embajador.

—Elena no conoce al duque, y van a obligarla a casarse con él sólo para formar una alianza entre los países. Está destrozada.

—¿En serio? —murmuró la mujer mientras cogía un sombrero de terciopelo azul y se lo ponía en la cabeza—. No tenía ni idea. Ya sabes lo mal que se me da la política.

Lucia levantó la vista y estudió el reflejo de su madre en el espejo. La miró ladear el sombrero primero hacia un lado y luego hacia el otro, para decidir qué ángulo le resultaba más favorecedor. A la joven no se le escapó que Francesca no la miraba a los ojos. De repente, y con absoluta claridad, supo lo que había ido a hacer allí aquel embajador.

—Quieren casarme y hacerme desaparecer, ¿no? Lo mismo que van a hacer con Elena. —En el rostro de su madre pudo ver que era verdad.

Francesca suspiró, se quitó el sombrero y, rodeando a Annabel, lo tiró encima de una silla.

—No quería que supieras nada hasta que hubiera podido hablar con él en persona.

—¿Por eso está aquí? —insistió Lucia, que notó cómo empezaba a hervirle la sangre.

—Está aquí para hablar de la posibilidad de negociar tu matrimonio, sí. Oh, cariño —añadió suspirando y mirando de nuevo a su hija a la cara—, tú siempre has querido formar un hogar, casarte y tener bebés. Cuando eras pequeña, soy incapaz de decir la cantidad de horas que pasamos planeando tu boda, y sólo querías jugar con muñecas. No me dirás que lo que pasó con Armand te ha hecho renegar del amor, y que quieres quedarte soltera; te conozco demasiado bien. Además, odiaría quedarme sin nietos.

—Por supuesto que quiero casarme, pero ¡no tengo intención de permitir que Cesare intervenga para nada! Quiero escoger a mi propio marido, y voy a decirle a ese untuoso diplomático que le pase el recado. —Con la tarjeta de visita apretada entre sus dedos, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¡No te precipites! —le suplicó su madre—. Moore es un embajador muy poderoso y tiene mucha influencia. Recuerda lo que siempre te digo: «Se atrapan más moscas con miel que con vinagre».

—Oh, seré dulce como la miel —le prometió Lucia—, cuando le diga que se vaya al infierno. —Ignorando el suspiro de exasperación de su madre, bajó la escalera y se encaminó al salón.

Ian se había imaginado que, siendo como era la cortesana más famosa de toda Inglaterra, Francesca viviría en una casa acorde a su escandalosa reputación. Pero no podía estar más equivocado.

El lugar era una discreta edificación en Cavendish Square, con un mayordomo tan impecable como cabía esperar, y un salón elegante y muy inglés, decorado en tonos azul y verde pálidos, con un paisaje de Turner colgado de la pared y una alfombra Axminster en el suelo. Todo lo que la estancia contenía parecía estar allí para aportar la máxima comodidad, y no para presumir de nada. Claro que Chesterfield era el actual protector de Francesca y quien pagaba las facturas, y era un tipo de lo más convencional.

En la habitación había una estantería llena de libros, e Ian

estaba repasando los títulos cuando el ruido de unos pasos captó su atención. Devolvió un ejemplar de la *Ilíada* a su lugar y se dio media vuelta para ver que una joven entraba por la puerta.

Era imposible confundirla con una inglesa, e Ian supo que estaba frente a Lucia Valenti.

La imagen de aquella chica corriendo descalza por la campiña italiana, riéndose, sujetándose la falda con las manos, y con su melena color café suelta a su espalda apareció de repente en la mente de Ian. Qué raro, pensó, que su imaginación hubiera conjurado esa imagen; no era nada propio de él. A pesar de todo, la energía que se desprendía de la joven la hacía parecer llena de vida en medio de aquellas paredes tan inglesas.

Era alta para ser mujer, debía de medir ocho o diez centímetros menos que él. Tenía las piernas largas, la cintura estrecha y unas curvas generosas, acentuadas por aquel vestido de escote bajo junto con un corsé demasiado apretado, seguramente influencia de su madre.

Con aquellos ojos oscuros y su suave piel tan parecida a la crema de un capuccino, poseía una belleza nada convencional. No tenía esas bocas rosadas que estaban tan de moda, sus labios eran anchos y llenos, y rojos como una cereza.

Al mirar aquella deliciosa boca, Ian supo que a ningún hombre iba a importarle que estuvieran o no de moda. Las damas de la alta sociedad la mirarían por encima del hombro, pero cualquier hombre con un par de ojos en la cara, consideraría a Lucia Valenti una deliciosa golosina.

Ian tomó aire. No le extrañaba que su padre la hubiera encerrado en un convento.